

Hilary Leichter



Historia de una terraza

Traducción del inglés de Julia Osuna Aguilar



ALPHA DECAY

Mide lo que se pueda medir y lo que no,
hazlo medible.

GALILEO

«En fin, habrá que esperar a ver qué nos
depara el futuro», dijo el señor Bankes en-
trando desde la terraza.

VIRGINIA WOOLF, *Al faro*

TERRAZA



La vieja ventana tenía unas vistas muy bonitas a Arbolmarillo, de tronco a ramas. Lo llamaban Arbolmarillo a pesar de que el gingko solo vestía de amarillo una semana al año, pues sus hojas en abanico caían al suelo entre susurros con el primer asomo de brisa. Annie y Edward acercaron a la cría a la ventana y dijeron: «¿Lo ves? ¡Amarillo!». Pero era demasiado pequeña para repetir el «¡amarillo!». La niña se quedó mirando sin más y tocó el cristal. Borraron las huellas de las yemas de la ventana y besaron los dedos que habían dejado esas manchas. Al poco las hojas se cayeron y el paisaje cambió. Hay vistas que muestran menos de la mitad de lo que hace falta ver.

Cuando el alquiler se volvió imposible, emprendieron la búsqueda de unas condiciones de vida más asequibles. «¿En qué condiciones de vida se encuentran?» Annie le daba vueltas a la frase en la cabeza, a las condiciones de su vida en común. Lo que tenían ahorrado no les llegaba para pagar a la inmobiliaria, y menos aún para una fianza.

—Parece más pequeño de lo que es —le dijo Edward mientras le enseñaba el piso nuevo: un cuadrado torcido con poca luz—. Dale tiempo, ¡tienes que adaptar el cuerpo!

—¿Qué quieres decir, que me haga literalmente más pequeña?

En el piso nuevo no había vista alguna a Arbolmarillo. Las introvertidas ventanas se cerraban, se atrincheraban y se acurrucaban en torno a un patio interior al que Edward bautizó Túnel Palomo. A los dos les gustaba inventarse nombres propios para su mundo. Arbolmarillo, Túnel Palomo, Misterioteca. La Misterioteca era como llamaba Annie al único armario empotrado que tenían, siempre a reventar de cosas. Era abrirlo y... ¿qué saldría catapultado de él? Suponía un auténtico enigma. También para su hija escogieron un nombre propio y apropiado. Se llamaba Rose.

Annie se puso a la niña en el fular de porteo mientras desahacía cajas o metía a presión pañales y cajas deconstruidas en la Misterioteca, con un brazo por delante para cogerla bien, no fuera a ser que a la tela del fular le diera por desenrollarse como una bufanda con una ráfaga de viento y dejara caer a la niña al suelo.

—Cuidado —dijo solo para sí.

Algún día, decía Edward, tendrían un cachito de exterior propio. Un cuadrado de hierba para jugar, un huertecito para plantas aromáticas. Habían dicho lo mismo en el piso previo, y en el anterior a ese, y ahí estaban, todavía diciéndolo, aunque quizá con algo menos de convencimiento. Vivían apretujados, decía Edward, pero era un apretujarse familiar y cálido, ¿no? Sí, coincidía Annie. Para sus adentros, en secreto, tenía la sensación de que esa falta de espacio seguramente fuera un síntoma de lo poco acertado de sus prioridades y de unas elecciones vitales a medio cincelar. Pero se trataba de una crítica que, en su fuero más interno, se había vuelto un lugar común reconfortante, que tan solo le daba un codazo de descontento en los momentos en que tenía el ánimo más por los suelos.

Tenían mucha suerte en muchas cosas. Estaban sanos, eran felices, estaban perfectamente. Se habían gastado hasta el último penique ahorrado en la mudanza, incluso las monedas que guardaban en un bote debajo del fregadero. Ahora tenían fregadero nuevo y un bote vacío para monedas recién pescadas y relucientes.

El edificio quedaba más cerca del trabajo de Edward, que además tenía servicio de guardería. Cuando a Annie se le terminó la baja de maternidad no retribuida, fue a la oficina en autobús y se encontró con Stephanie en los escalones de entrada. Su compañera se había encargado de sus clientes durante el tiempo que había durado la baja.

—¡Vuelve la madre pródiga! —anunció Stephanie.

—¿Dónde está la banda para recibirme? —preguntó Annie.

—Las *majorettes* están arriba. Y no te lo vas a creer, pero la sección de flautas está preñada.

—¿En pleno?

—*Toutes des flûtes.*

Stephanie la acompañó por el vestíbulo y la guio planta por planta, cosa que a Annie le extrañó hasta que se dio cuenta de que le habían desactivado la tarjeta de acceso durante la baja. Fueron juntas a la recepción para que le dieran una nueva.

—¿Quieres que comamos juntas hoy? Veo un hojaldre en mi futuro cercano.

—Oye, ¿han cambiado de sitio la fotocopidora? —preguntó Annie.

—No, lo que han cambiado es tu mesa.

Cada una se comió un sándwich de beicon y lechuga y una bolsa de patatas fritas y charlaron sobre la reorganización del equipo de márquetin; sobre las nuevas sillas de lujo de la sala de reuniones; sobre la máquina de agua que seguía sin funcionar. Lo que quería Annie era saber si había alguna novedad

sobre sus clientes, alguna llamada de auxilio, señal de que seguían necesiéndola a ella.

—¿Qué quieres que te diga? No te has perdido nada —dijo Stephanie.

—Oye, ¿por qué no te vienes un día a casa a cenar? —le propuso Annie.

—Ah, no, no. No quiero ser una molestia.

—Moléstanos. Tenemos que montar la mesa. Tú podrías ser la excusa perfecta.

En cuanto llegó a casa, le dijo a Edward que tenían que comprar una mesa. La cargaron a la tarjeta de crédito. Annie hizo unas servilletas de tela con un viejo retal que tenía, colocó las copas, los tenedores, los platos de su abuela, que hacía poco habían sacado de la caja, cada uno con un dibujo de un animalito dorado.

—¡He traído un vinito! —anunció Stephanie mientras empujaba la puerta de entrada y le daba la mano a Edward—. Anda, pero ¿a quién tenemos aquí? —le preguntó a Rose, que respondió tendiéndole un juguete.

El primer instinto de Annie fue explicar el tamaño del nuevo hogar. Que si el barrio, el trabajo de él, la guardaría, que si imenudo robo! Y luego le dio un codazo a Edward para que también él se disculpara por la falta de espacio, qué apretados, apretados pero a gusto, las muñecas, las pelotitas y las bolsas de colores desperdigadas por el suelo.

Pero fue Stephanie la primera que habló.

—¿No queréis que comamos mejor fuera? Hace una noche tan agradable.

Abrió la puerta que normalmente daba al armario empotrado y dejó a la vista una terraza, decorada con tiras de lucecitas titilantes. Unas nudosas enredaderas crecían por los bordes,

con sus ramificaciones, sus brotes y su veloz escalada por los costados del edificio.

Era la primera vez que Annie veía la terraza, igual que Edward. ¿Se les había pasado todo ese tiempo, sin más? No, eso era imposible.

—¿Cómo? —dijo en un hilo de voz Annie.

Se colocó a Rose contra la cadera y salió para curiosear esa terraza (¿su terraza?), que estaba equipada con una mesa con cuatro sillas, una barbacoa y una de esas sombrillas recias que pueden abrirse las tardes de sol. Todo parecía reluciente y caro, como si acabaran de comprarlo o incluso de inventarlo. Se sintió como si acabara de encontrarse unas gafas perdidas en lo alto de la cabeza.

—Misterioteca total... —dijo Edward acercándosele por detrás.

—Enigma inmobiliario —susurró Annie.

Intercambiaron una mirada y luego atravesaron codo con codo el umbral de la terraza. (¡Así de grande era la puerta! ¡Así de grande la terraza!) Nada les pasó ni nada cambió y se vieron atrapados en el abrazo de una cálida tarde noche otoñal.

Stephanie estaba admirando una vista que no cuadraba con la orientación del piso. Ni rastro de Túnel Palomo por ninguna parte. Justo delante tenían los restos de una puesta de sol, a pesar de que su lado del edificio daba al este. Su amiga no pareció percatarse del fallo de geografía.

—Joder, qué espacio más guapo.

—¡Ya ves qué suerte hemos tenido! —exclamó Annie alzando la botella de vino.

Se tiraron horas en la terraza, rellenando las copas y las fuentes de comida. De hecho, cuanto más tiempo pasaban en la terraza, más sólida la sentían bajo los pies. Edward dejó que la niña se le durmiera encima y allí se quedó, no fuera a

despertarse al ponerse él de pie. Hubo una tensión muy marcada, a la que siguió una abrumadora sensación de calma. Ambas emociones se alternaron en Annie hasta que las dos se agotaron y se vieron sustituidas por la dolorida y somnolienta alegría de una mañana corriendo por un patio de recreo. Era una alegría de exterior. Podía perfectamente haber movido brazos y piernas, pero optó por no hacerlo. Los sentía pesados y contentos. Ah, y qué gusto la brisa en la frente, que le llevaba un suave olor a fogata hasta la cara.

Al final de la velada, Stephanie los ayudó a llevar los platos y los utensilios a la cocina y ellos la acompañaron abajo hasta la calle.

—Qué bien lo hemos pasado. Sobre todo esta pequeñaja —dijo Stephanie tirando del pie de Rose.

—Gracias por venir hasta aquí —le dijo Edward.

—La próxima, en mi casa.

—¡Eso está hecho! —le dijo Annie envolviéndola en un abrazo.

Estaba deseando tener toda la terraza para ella, para ella y Edward, y Rose, para la familia. Se planteó incluso la posibilidad de dormir fuera esa noche. ¡Qué locura! Aunque solo fuera para demostrar que era real...

Cuando desanduvieron lo andado por las escaleras de vuelta al piso, la terraza había desaparecido.

Annie abrió la puerta del armario y la cerró, una y otra vez, con la esperanza de que el resultado fuera el que ya había quedado fuera de su alcance.

—A lo mejor solo aparece cuando tenemos invitados —dijo Annie.

—¡O a lo mejor ha sido solo en esta ocasión mágica! —dijo Edward, que dejó los vaqueros aovillados en el suelo, junto a

la cuna, junto a la hornilla, junto a la mesa, para la que en realidad no tenían sitio, ni en el piso ni en el crédito de la tarjeta—. Esta noche ha sido increíble —añadió—. Esta noche teníamos terraza. Nos acordaremos el resto de nuestra vida.

—Ya, pero... —dijo Annie contra la almohada.

—Ya... —coincidió Edward.

Nunca fueron a la casa de Stephanie a cenar porque no llegó a invitarlos. En cambio, ellos sí que invitaron a amigos de la familia, a antiguos vecinos, a compañeros de piso de la facultad. Disfrutaron mucho de ponerse al día con todas las personas de su vida, de presentarles a Rose, de escuchar lo que había sido de sus vidas. Pero no hubo terraza con Dan y Patricia, ni tampoco con los O'Neill, ni con Liza y Sunny. A cada visita, Annie ponía la mesa de forma idéntica, con una taza con flores cargadas de polen y la colección de platos de animalitos dorados, y, luego, intentaba revelar la terraza. Pero en vez de liberar el destello de una puesta de sol, el armario escupía una bolsa de pañales perdida.

—Puede que haya que girar el pomo de una manera concreta —dijo Annie probando suerte con la brujería terrazística—. Quizá esté todo en el giro de muñeca.

El nombre propio que Edward acuñó para ese periodo fue Villa Tristeza.

Annie deambulaba por el piso en un estado de frustración perpetua, con Rose enganchada a la teta y los platos apilándose en el fregadero. Incluso faltó dos días al trabajo. Hurgababa por entre el desbarajuste de cosas de la Misterioteca y tanteaba por la pared del fondo, en busca de una trampilla o una bisagra secreta.

Se despertaba temprano para darle el pecho a Rose y medía la cocina con sus pasos mientras especulaba con la posibilidad

de que la terraza estuviera vinculada con los ciclos de la luna. O quizá fuera que el piso estaba encantado por la terraza, un indómito fantasma arquitectónico que solo se aparecía cuando era importunado. Rose, por su parte, no parecía muy preocupada por lo que la rodeaba. Seguía siendo muy pequeña para que la encandilara una terraza mágica, y quizá Annie fuera demasiado mayor. Miraba a su hija a los ojos y casi recordaba la magnitud de su insignificante vida estupenda. Pero pasaba de puntillas por el pensamiento y se deslizaba hasta una nueva y atractiva teoría. Rose agarró a su madre del cuello del jersey y se lo ensanchó.

¿Y si la terraza solo aparece cuando está Stephanie?, se preguntó.

Tenía razón, desde luego. Cuando su amiga volvió un domingo para hacer un brunch, también la terraza volvió. Resplandecía bajo la luz del mediodía, los listones de madera veteados de luz y salpicados de bellotas, hojas naranjas y doradas a sus pies. Annie no esperaba que pudiera echarse tanto de menos un sitio en el que solo has estado una vez. Había otros lugares que añoraba, preciados territorios abducidos de la Tierra, clausurados, desaparecidos. Pero la terraza le sobrevino con el alivio de un reencuentro muy esperado. Y sintió un escalofrío porque se trataba de un reencuentro consigo misma. Llevaba años ajustándose a una herida desconocida, que se había unido sigilosamente al paisaje cotidiano del sentimiento conocido. En esos momentos, allí de pie en la terraza, se despertó y se encontró con que esa herida suya que había olvidado estaba curada.

—Aquí hace falta una buena barrida, chicos —bromeó Stephanie, que empujó con el pie unas cuantas hojas por la barandilla de la terraza y se quedó viéndolas flotar por el aire hasta la calle.